

LA VIOLENCIA DEL LENGUAJE EN LOS CUENTOS POPULARES

¡Qué miedo!

«Entonces, la madre, tendiéndole un cuchillo, le dijo: —¡Córtate el dedo!:
cuando seas reina no necesitarás andar a pie.

La muchacha se cortó el dedo gordo, introdujo a la fuerza el pie en el zapato,
reprimió el dolor, salió del cuarto y se presentó al príncipe».



EN la versión de Jacob y Wilhelm Grimm (siglos XVIII-XIX), aparecen detalles muy truculentos sobre el tamaño del pie de las hermanastras de la joven *Cinderella*, mugrienta y sucia llena de hollín doméstico.

Se observa de qué manera tan despiadada y explícita, la expresividad del lenguaje agrade a los sentidos y a las emociones; es un grito sin matices, agudo. Como para taparse los oídos y salir huyendo.

Estas voces, podemos interpretarlas como un modelo patente de la degradación a la que se ve sometida *Cenicienta* por la madrastra, pues agrediendo a sus hijas, por el deseo de favorecerlas, provoca una rivalidad fraterna, mientras que la hostilidad de las hermanastras se

debe a los celos que sienten por la joven; ya tenemos, por tanto, la violencia y el enfrentamiento; de ahí que el lenguaje vaya acorde con todo el amasijo emocional de las protagonistas: un lenguaje muy plástico y descarnado; la fuerza arremete contra todo el que se pone por delante y surge con una extrema dureza en la auto-mutilación que realizan las hermanastras, para conseguir el favor real de convertirse en esposas del príncipe:

«Este la aceptó como su prometida, la montó en su caballo y se fue con ella... Entonces el príncipe miró su pie y vio cómo sangraba...» (<http://www.cuentosdegrimm.com/009-cenicienta.htm>).



En casi todos los cuentos se aborda el tema de la sublimación de los conflictos afectivos y los problemas existenciales, según afirma Bettelheim (1903-1990), y de una manera brusca, lo que atañe de inmediato a la reacción de los actantes, al comportamiento y al resorte de sus sentimientos.

Pues bien, fantasía y realidad, magia, sueño y, en definitiva, cultura se trasladan a unas narraciones vigentes más o menos adaptadas a las circunstancias específicas del momento.

Convendría, por tanto, emplear un lenguaje que pudiera extraer placer estético y sabiduría, ya que, como reflejo de la mente humana, el lenguaje constituye un canal de transmisión no solo de pensamientos sino también de emociones.

Los ataques verbales suponen una anomalía en la interacción humana: el insulto, la amenaza son manifestaciones lingüísticas negativas, ejemplos patentes de violencia social, a veces desapercibidas cuyo origen radica en el desdén o en el odio; como dice el filósofo Emilio Lledó (1927), tienen por objeto «la descalificación del otro, la anulación del prójimo». Es una bofetada, un «zasca» a mano abierta, un ninguneo, incluso todo un chantaje. Y el lenguaje se acomoda a sus hechuras.

Otra prueba más la hallamos en *Caperucita roja*:

«-Abuela, ¡qué brazos tan largos tienes! -Es para abrazarte mejor, hija mía. -Abuela, ¡qué piernas

tan largas tienes! -Es para correr mejor, hija mía. -Abuela, ¡qué orejas tan grandes tienes! -Es para oír mejor, hija mía. -Abuela, ¡qué ojos tan grandes tienes! -Es para ver mejor, hija mía. -Abuela, ¡qué dientes tan grandes tienes! -¡Es para comerte!» (<http://www.cuentosinfantiles.net/cuentos-caperucita-roja.html>).

La conversación aterradora que mantienen ambos personajes llama la atención más por el uso de términos comunes y descriptivos, -nada agresivos ni violentos-, por la repetición constante que aumenta el grado de la tensión, por la amenaza que se cierne, que por la agresividad lingüística. El mito de la abuela afable, débil y cariñosa se desvanece.

Con el lenguaje se expresa no solo un mensaje temporal, incluso instantáneo, sino toda una cosmovisión, una concepción del ser y de ser y estar en el mundo. Si usamos la palabra con violencia, para asustar o coartar a los demás, generamos situaciones de peligro que no favorecen la emoción sentida y compartida.

En muchos relatos modernos, por ejemplo, se aprecian los profundos conflictos internos surgidos de nuestros impulsos primarios, así como de ciertas emociones que llevan a indagar sobre cuestiones existenciales, cruciales, y a veces, acuciantes para todos; se cita a la muerte, el paso del tiempo, el envejecimiento, la male-

Los ataques verbales suponen una anomalía en la interacción humana: el insulto, la amenaza son manifestaciones lingüísticas negativas, ejemplos patentes de violencia social, a veces desapercibidas.





dicencia, la envidia, entre otros aspectos. Y creemos que el lenguaje no escatima agresión en sus descripciones.

Quizá convenga volver los ojos a la ética del discurso para recuperar aquellos valores que se reconocen como ejemplares.

Cierto que los cuentos tradicionales han ido cambiando con el tiempo. A partir de un conjunto de relatos transmitidos de generación en generación, en la cultura europea se han modificado casi todos los elementos del proceso: el medio (oral, escrito, audiovisual), el público (adultos, niños), el creador (juglares, poetas, autores anónimos, escritores reconocidos, estudios de cine, líneas editoriales), y de forma paralela se han transformando también los contenidos.

Dichas narraciones tratan cuestiones importantes para la convivencia humana: indicaciones morales, éticas y sociales, que se actualizan con arreglo a los tiempos y a los numerosos cambios operados en la sociedad.

Hoy en día, las narraciones populares hablan a los lectores de los valores que van cobrando más relevancia, como pueden ser la independencia de criterio, el sacrificio, el tesón, la interpretación de la realidad humana, la ecología o el nuevo papel de las mujeres; no obstante, la violencia en el lenguaje se palpa más allá de la época pretérita o presente. Y no son pocos los intentos que se han realizado con el fin de proteger el ánimo vapuleado del lector y así enmascarar o suavizar la dureza que rezuman sus líneas. En alguna de estas narraciones subyace la paradoja entre la moraleja final y las escenas de agresión o de transformaciones monstruosas...

Ante la violencia del lenguaje tan perceptible en los cuentos, el lector se encoge o se envalentona, reacciona de manera consciente y lo copia o se asusta porque se siente directamente agredido al identificarse con alguno de los personajes.

Citaremos, por ejemplo: «De lo que aconteció a un hombre que casó con una mujer muy brava y muy fuerte», cuento XXXV en *El Conde Lucanor* (Barcelona, Casals, 2010) de Don Juan Manuel, las mencionadas *Caperucita Roja* y *La cenicienta* (Madrid, Alianza, 2004) o «La trayectoria del balón» en *Ella maldita alma* (Madrid, Alfaguara, 2010), de Manuel Rivas.

El cuento, diálogo más que descripción, debe tener un argumento intenso y sintético; es una foto que «hiere» de un vistazo, de golpe, un fogonazo que se refleja en los ojos y el recuerdo del lector, por eso, afirmamos

con Georges Dumézil (1898-1986) que toda cultura alberga una tradición mítica: «Un país sin leyendas se moriría de frío. Un pueblo sin mitos está muerto» y los cuentos mucho tienen de mitos que recurren a símbolos propios

para expresar el profundo sentido de lo real en busca de esperanza y consuelo.

Así pues, triste realidad la que desea la madrastra de *Cenicienta*, dispuesta a mutilar a su hija con tal de verla convertida en heredera del reino. Mito y realidad se superponen y se necesitan: contribuyen a la búsqueda de una explicación para justificar la violencia que se detecta tanto en el discurso oral como escrito.

De igual manera, el lenguaje musical del compositor Prokófiev (1891-1953) en su sinfonía *La Cenicienta*, impregnó de violencia la narración homónima esta vez en pentagramas llenos de música abrupta, compases convulsos y ritmos asincopados, pura distorsión que se confundía en la mente del músico y no tranquilizaba conciencias pues incomodaba emociones personales,



motor que ayuda a establecer nuestra posición con respecto a nuestro entorno, y nos impulsan hacia ciertas personas, objetos, acciones, ideas a la vez que nos alejan de otros.

El lenguaje cruento es muestra gran parte de la mente humana como canal de transmisión de ideas y sentimientos. Prokofiev, don Juan Manuel, Manuel Rivas, los Grimm... causan anomalía y desajustes, falta de armonía lingüística y verbal, incoherencia de registros idiomáticos, nula cohesión polifónica.

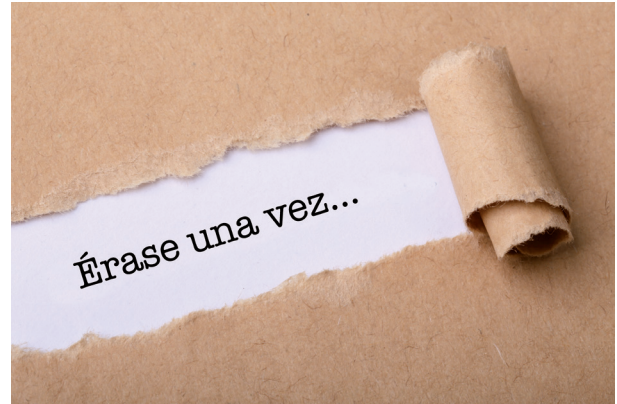
Ese lenguaje transgresor solo puede ser una manifestación de la agresividad soterrada en las entrete- las humanas, en los entresijos de personajes corales o protagonistas que se expresan con amenazas para descalificar al otro, hasta llegar a anularlo.

Quizá tengamos que sustentar esta presencia lingüística agresora en el aspecto del resarcimiento social y personal, el existir es un viacrucis salvífico más allá de los estorbos que encontremos en la travesía vital; tal vez al final del camino, se obtenga el ansiado premio que llega de fuera y para el que hay que resistir la agresión verbal, sufrirla con estoicismo y resignación.

Paciencia, parece insuflarle el coro de esa fauna empequeñecida que rodea y consuela a la heroína maltratada por madrastra y hermanastras; et voilà: por arte de birlibirloque, una varita mágica que danza al compás de la madrina o un cazador que matará in extremis a ese licántropo feroz disfrazado de tierna abuelita.

En nuestro caso, el lenguaje no actúa a modo de un *gaslighting*, esa luz de gas que ciega y que impide ver la auténtica realidad que subyace en la estructura profunda de los cuentos y narraciones infantiles; las palabras, a veces, no tienden puentes, martillean mentes y almas, son agujas que se clavan y llegan a subvertir los cimientos de las relaciones civilizadas entre las personas.

Ante la violencia del lenguaje tan perceptible en los cuentos, el lector se encoge o se envale-



tona, reacciona de manera consciente y lo copia o se asusta porque se siente directamente agredido al identificarse con alguno de los personajes.

Sabido es que estos cuentos y narraciones populares o relatos tradicionales de antes y de ahora, navegan en el océano del simbolismo, a veces en aguas procelosas y otras en quietos remansos; siempre constituyen fuente de reflexión, sin duda, siempre ejemplifican actitudes que se apoyan en una cultura que está y permanece interiorizada en el imaginario colectivo; de ahí que desenredar la madeja de la agresión verbal sea difícil y complejo. Las páginas de los relatos deberían revisarse, pues el lector las usa como un espejo en el que mirarse. Los niños y los jóvenes experimentan curiosidad por la forma en que se expresan los personajes de las historias que leen, les permiten evadirse y meterse en otro cuadro, ficticio, claro está, imaginar acciones y escenas, en definitiva, recrear su propio cuento emulando actitudes y terminología. Como *Alicia*, van y vienen a través del cristal.

Por lo tanto, sería aconsejable mantenerse alerta, prestar oídos atentos y disposición cuidadosa ante ese tapiz desenfocado que altera los cánones y el paradigma del mito, como ya hemos mencionado anteriormente. Del «Érase una vez...», hasta el «Y vivieron felices...» ha pasado tiempo, mucho tiempo: se han experimentado emociones, sobresaltos e ilusión. Y no siempre queda ni permanece el zapatito de cristal. Complicado asumir y creer en un final feliz a través de un trasiego de violencia lingüística diseminada en diálogos que mantienen personajes idealizados por los ojos ávidos de aventuras del lector.

Mito y realidad, sueño y vida, imaginación... con un lenguaje que nace del corazón, sin estridencias ni dobleces, sin intenciones malévolas ni perversas, un lenguaje acomodado a valores, a ilusiones y esperanzas. La violencia engendra violencia.